

Presentación del dossier *Puerto Rico y el Caribe en perspectiva*

Las islas surgieron del océano, primero como islotes aislados, luego los cayos se hicieron montañas y las aguas bajas, valles. Más tarde las islas se reunieron para formar una gran isla que pronto se hizo verde donde no era dorada o rojiza. Siguieron surgiendo al lado las isletas, ahora hechas cayos y la isla se convirtió en un archipiélago: una isla larga junto a una gran isla redonda rodeada de miles de isletas, islotes y hasta otras islas. Pero como la isla larga tenía una forma definida dominaba el conjunto y nadie ha visto el archipiélago, prefiriendo llamar a la isla isla y olvidarse de los miles de cayos, islotes, isletas que bordean la isla grande como coágulos de una larga herida verde. Ahí está la isla, todavía surgiendo de entre el océano y el golfo: ahí está.

Guillermo Cabrera Infante, *Vista del amanecer en el trópico*

Arcadio Díaz Quiñones llama la atención sobre la opacidad que entraña el nombre *Caribe* en la historiografía moderna, más interesada en la emergencia de los estados nacionales que en los múltiples y frecuentemente secretos intercambios culturales que entraña como región histórica, cuyos límites geográficos y fronteras políticas suelen ser bastante inciertos (Díaz Quiñones 2006). ¿Se trata de las islas que conforman el archipiélago o se incluye también al continente? En tal sentido Ana Pizarro propone una mirada amplia sobre las culturas del Caribe, al afirmar:

Estamos aproximándonos a las culturas del Caribe hoy, a partir de una noción de Caribe que no se asienta en el espacio del Caribe insular solamente —el archipiélago de las Antillas— sino en una noción de la región en tanto cuenca del Caribe, esto es, incorporando los territorios que baña el mar Caribe y que diseñan un conjunto de culturas articuladas por trazos comunes ligados a una también común historia de colonización y esclavitud, centrada en la economía de plantación. (2002: 15)

Las sociedades caribeñas se caracterizan por su compleja diversidad cultural, pero también por haber padecido largas experiencias coloniales y estar marcadas por la esclavitud y la economía de plantación, el cimarronaje, la dependencia económica respecto de las metrópolis, y por haber experimentado en distintos momentos históricos, migraciones, diásporas y exilios, acentuados especialmente en el último fin de siglo. Sobre este punto Pizarro subraya que los desplazamientos contribuyeron a delinear las fronteras en movimiento de un archipiélago que se expande mucho más allá de los límites geográficos: “Las transformaciones que se dan en el Caribe y a nivel internacional a partir de esa década (se refiere a la década de 1980) generan una nueva situación de enunciación: la del intelectual exílico. Ellos viven fuera del archipiélago, se han desplazado por razones económicas, políticas u otras y hablan desde un espacio que les pertenece y les es ajeno al mismo tiempo, desde un ‘entre lugar’ [...]” (2002: 24)

Entre los trabajos que conforman esta sección, Arcadio Díaz Quiñones nos acerca en “Caribe y exilio en *La isla que se repite* de Antonio Benítez Rojo” un fecundo estudio sobre el ensayo del escritor cubano, develando las complejas tramas que se tejen entre la poética de Benítez Rojo y su condición de “intelectual exílico” a partir de 1980. El motivo del naufragio y la figura del náufrago como metáfora del desterrado; los tópicos contrastantes de la *Isla-prisión* e *Isla-acogedora*; temas centrales como la Plantación, el esclavismo, el cimarronaje y la utopía; el Caribe como territorio de la imaginación literaria pero también como espacio marcado por colonialismos y modernidades contradictorias, son algunas de las líneas que Arcadio Díaz Quiñones despliega en torno a la obra de Benítez Rojo.

En el heterogéneo mapa cultural caribeño, Puerto Rico, *isla que se repite*, constituye asimismo un lugar de complejas construcciones de identidades. Fue primero colonia de España; luego de la Guerra Hispanoamericana de 1898, la isla fue cedida a los Estados Unidos, hegemonía que se reforzó en 1952 a través de la creación del Estado Libre Asociado (ELA), aunque continuó siendo “territorio no incorporado” a los Estados Unidos. Con palabras de Arcadio Díaz Quiñones, el Estado Libre Asociado “consolidaba las dos banderas, las dos lenguas, la doble ciudadanía, y condenaba a sus críticos radicales”. (1993: 164)

Gabriela Tineo reflexiona en “Imágenes de entresiglos” sobre las significaciones en torno al emblemático año 1898, en el cual los Estados Unidos invadieron y ocuparon Puerto Rico. Para ello se vale del análisis de un conjunto de crónicas y de fotografías, ya que la ocupación militar de las islas generó una iconografía y una documentación visual sin precedentes, dado el desarrollo tecnológico de las cámaras fotográficas portátiles. Su trabajo revela con agudeza la construcción de una mirada imperial, expansionista, interesada en validar su empresa colonizadora, a la vez que subraya los modos en los cuales esa mirada imperial repercutió en las construcciones identitarias del pueblo puertorriqueño.

La pregunta por la identidad cultural puertorriqueña se ha formulado en el pasado y se sigue formulando en la actual literatura de un país que, como lo condensa sagazmente Juan Gelpí, ha creado una literatura nacional a pesar de no haberse constituido como nación independiente (Gelpí 1993). Elsa Noya aborda en “*Quiero detenerme en la palabra...A propósito del hueso duro de Gauguin*” cómo los escritores más jóvenes de Puerto Rico, aquellos nacidos a partir de los años sesenta, desafían el mandato de sus modelos literarios acerca de una literatura concebida como indagación de la identidad nacional y su continua problematización. Pero también advierte, al analizar las lecturas que estos nuevos autores hacen de escritores canónicos de Puerto Rico, como Luis Rafael Sánchez, gestos filiativos y ciertas continuidades aunque desde la *diferencia*.

El trabajo que cierra el dossier, de mi autoría, regresa de algún modo al vasto y complejo territorio caribeño. Procuero detenerme en la primera novela de Edgardo Rodríguez Juliá, *La renuncia del héroe Baltasar*, como ficción de los inicios que pone el acento en los conflictos derivados del esclavismo, sobre todo a través de metáforas corporales y eróticas que pretenden recuperar un cuerpo casi borrado por la explotación esclavista. Se describen espacios tales como el palenque, conflictos como las grandes revueltas de esclavos, acciones características del cimarronaje como las fugas, es decir, diferentes imágenes que vinculan estrechamente el mundo representado en la novela con una dimensión mayor que excede los límites de la isla para abarcar la historia antillana.

Carolina Sancholuz

REFERENCIAS

- DÍAZ QUIÑONES, Arcadio (1993). *La memoria rota*, Río Piedras, Ediciones Huracán.
DÍAZ QUIÑONES, Arcadio (2006). *Sobre los principios. Los intelectuales caribeños y la tradición*, Quilmes, Universidad Nacional de Quilmes Editorial.
GELPÍ, Juan G. (1993). *Literatura y paternalismo en Puerto Rico*, San Juan, Editorial de la Universidad de Puerto Rico.
PIZARRO, Ana (comp.) (2002). *El archipiélago de fronteras externas*, Santiago, Editorial de la Universidad de Santiago de Chile.